



■ Refugio de Vega Redonda

LA estrecha carretera corre en paralelo al río Sella. El coche avanza encajonado bajo las altísimas paredes del desfiladero de los Beyos. En lo alto, las calcáreas cimas comienzan a alumbrarse por el sol que no llega a descender hasta nosotros. El cielo está limpio. Hoy será otro día brillante en este calurosísimo verano. Mi intención es hacer la travesía que discurre entre el refugio de Vegabaño y el lago de Enol. Sé que es dura, pero a ella me enfrento con ánimo.

Entramos en Soto de Sajambre (925 m). La pista que nos llevará al refugio comienza donde acaba la carretera. No se ve a nadie. El coche recorre despacio la empedrada calle principal de este minúsculo pueblecito de León. No hay una sola indicación, ni señal, ni marca o pintada que indique la existencia del refugio, punto inicial de la excursión. Como no vemos más que una pista, suponemos que se trata de la nuestra.

■ UN COMIENZO FATAL

El comienzo es fatal. La pista es muy pronunciada. No está nada cuidada. El suelo, cantos mezclados con pedruscos puntiagudos, se ha resquebrajado. El coche patina, sin avanzar. Lo intentamos varias veces con resultados nulos. Está claro que por aquí no se puede subir con un utilitario. Cojo la mochila, dispuesto a añadir un trozo más a la larga marcha. Subiré andando al refugio de Vegabaño. Jesús se va con el coche hacia Covadonga. Son las 9 h.

La pista asciende y asciende. El piso es mejor que el inicial. Aparecen bifurcaciones. Ni una indicación, ni una flecha, ni una señal... Llego a una vega con cabañas de pastores. ¿Será Vegabaño? No se divisa el refugio. El sol me da ya de frente. Sé que el sentido de la marcha es bueno, hacia el este. El plano así lo

Miguel Ángel Urizar

TRAVESÍA SOTO DE SAJ • LAGO

indica. Pero no sé si estoy en el camino correcto, ni si he llegado a Vegabaño.

No hay nadie. Silencio absoluto. Sigo. El camino entra en el bosque, se va difuminando y acaba por desaparecer. Tengo que volver a la vega. Entre árboles veo un tejado. Pruebo suerte. Me acerco y encuentro el refugio de Vegabaño (1350 m). Entro. Hay gente. Pregunto por la ruta. Son las 10 h 30.

Unos postes de alambrada van paralelos al camino. Desciendo entre humedales. Cruzo el riachuelo que luego será el bello Dobra. Comienzo a ascender por un bosque básicamente de hayas. Topo con un gruesísimo roble de unos dos metros de diámetro que se conoce por el Roblón. Sigo subiendo por Cuesta Fría. Alcanzo el collado El Cueto (1650 m). Son 11 h 45.

La depresión herbácea de El Campillo me separa de la primera muralla de la travesía. Enfrente, a la izquierda de los Molerizos, se alza el paso del Perro. En el collado hay un hito que me induce a descender hacia el refugio de Icona por un sendero, mientras otro sendero continua la ascensión. Opto por el hito y me equivoco. Hasta el momento no he encontrado ni una maldita señal de pintura. ¿Pensarán que es delito ecológico?

Paso por encima del refugio y me encuentro con más de 40 rebecos, pequeños y absolutamente mansos. Disparar contra ellos es lo mismo que hacerlo en un gallinero. Se me quedan mirando. Se retiran unos metros, pero es evidente que no me temen.

Comienzo a ascender por una loma con fortísima pendiente, en la que se entremezclan hierba y piedra suelta, para alcanzar el camino que se adivina hacia la boca derecha. La alcanzo. Estoy en la canal del Perro (2000 m). Son las 1h 50.

Sigo subiendo por un canalón con paredes muy erosionadas, probablemente a causa de antiguos glaciares. No se ve una brizna de hierba. Todo es roca. Llego al collado del Burro (2125 m). El paisaje es lunático. Todo lo que abarca la vista es de piedra calcárea, de ese tono grisáceo producido por la acción del viento, el hielo, el agua y el tiempo. El sol cae de plano. El calor es asfixiante.



AMBRE DE ENOL

■ TODO ES GRANDIOSO, INERTE, SILENCIOSO

La travesía que me espera es de sentido único, sin posibles vías de escape. A la derecha, titanes verticales me impiden el paso. A la izquierda, los abismos se suceden. Sólo queda acabar lo que se empieza. Las masas rocosas reverberan a mí alrededor. Peñasanta de Castilla se alza imponente ante mí. Todo es grandioso, inerte, silencioso. Da una ligera sensación de peligro. La marcha, ahora y en las próximas 5 ó 6 horas, se dirige hacia el norte.

La senda está poco marcada. Por aquí no debe pasar mucha gente. Avanzar por la roca es duro. Sigo la ruta con relativa facilidad ayudado por esporádicas manchas de pintura amarilla. Se acerca un hombre. Le pregunto si viene de Vega Redonda. Me contesta en italiano mientras se encoge de hombros. Al poco rato oigo varias voces, son otros italianos. Uno de ellos me saluda "bona sera".

Aquí todo es laberíntico, rocas retorcidas, calcinadas. Vuelta y vuelta, sube y baja, calor, sudor y sed. Bordo por la izquierda la Torre de Cotalbin y aparece un poco de verde hacia donde desciendo. Estoy en Vega Huerta (2000 m). Son las 14 h 05.



■ Refugio de Vegabaño, con Peñasanta de Castilla y Torre Bermeja

Sigo adelante. El sendero se hace imperceptible. Ya no hay manchas amarillas. Peñasanta, con su inmensa mole, queda a la derecha. Frente a mí, una gran hoyada me ofrece varios posibles pasos. Por más que miro no me decido por ninguno de ellos. Siguiendo el plano, la intuición, el ligerísimo sendero (continúa sin señales) decido bajar un poco a la hoyada y ascender al collado de la izquierda.

Estoy en el Llastral. Alcanzo la colladina que bordea las agujas del Corpus Christi. Me bajo las mangas de la camisa, subo el cuello y me calo mi picuda visera. El calor aplasta. El sol se refleja como en una sala de espejos. Tengo sed pero debo racionar el agua. Sé que en las próximas horas no encontraré una fuente. Ni una nube en el cielo. Agosto cumple su cometido.

Una nueva hoyada, ésta más profunda. Es una enorme depresión cerrada, con forma de cacerola. Estoy frente a la Llerona. Para mi confusión, unos hitos descienden claramente hacia el fondo, otros van hacia la derecha. Me quito la mochila. Bebo un poco. Vuelvo a mirar los planos. No sé que hacer.

Decido descender lo menos posible. Cojo hacia la derecha, faldeando. Sigo un espolón rocoso. Al poco, una mancha amarilla confirma mi decisión, lo cual me pone risueño. Desciendo, bordeando la hoyada de la Llerona. A mi derecha observo las pedrizas de la Forcadona, que dan acceso al Jou Santu. Vuelvo a ascender. Alcanzo la horcada de Pozas (2110 m). Son las 15 h 10.

■ ENFADADO POR LA FALTA DE INDICACIONES

La sendilla parece que desciende hacia la izquierda. Sigo por esa gravilla marrón que engaña tanto. Continúo descendiendo. Ya no veo las manchas de orientación, ni hitos, ni restos de camino. Tengo muchísima sed. Estoy enfadado por la falta de indicaciones, tan usuales en cualquier recorrido de montaña. Voy con toda la atención del mundo (el juego es peligroso) y a pesar de ello el rastro se me escapa.

No me "puedo" equivocar, ya que el Jou de las Pozas que tengo delante es profundo y gigantesco. Tiene más de 1 km de diámetro. Avanzo escoltado a la derecha por las Torres de las Tres Marías y la Torre de Enmedio. Enfrente, cerrándome el paso, la Torrezuela. Son pirámides con paredes verticales absolutamente disuasorias.

Las posibilidades, los collados, son varios. Todos ellos me suponen mucho esfuerzo si los cojo de frente, y sólo alguno es la puerta del otro lado. Tengo un punto de angustia. Me debo calmar. Lo vuelvo a pensar.

Decido retroceder, volver sobre mis pasos, ascender hasta encontrar el camino. Así lo hago, con fuerza y voluntad. Estoy de nuevo arriba, sobre una repisa aérea. Comienzo a olfatear



■ Peñasanta de Castilla vista desde el Collado del Burro



como un perro. Unos hitos van hacia un espolón de la Torre del Torco. Los sigo, ascienden demasiado, llevan a terreno peligroso. Por allí no puede ir la vía normal.

Vuelvo al punto de partida, sobre la repisa. Veo dos manchas amarillas que señalan una pequeña chimenea. Destrepe por ella. Otras dos manchas obligan a un nuevo destrepe. Encuentro lo que parece un sendero. Me da un vuelco el corazón. Estoy de nuevo en la senda correcta. Me lleno de ánimo e ilusión. Desciendo y bordeo por la derecha el Jou de las Pozas.

Por esa zona no he visto las manchas amarillas, sino otras azules, del tamaño de una moneda. Es como si los gestores del Parque Nacional jugarán al escondite con quien osa violar sus lugares sagrados. Casi en el fondo de la depresión (1950 m) los hitos me obligan a ascender. Gano paulatinamente altura.

A mi izquierda descienden en pronunciada pendiente canalones y lomas pétreas que se pierden en el abismo. Caen hacia el río Dobra (1500 m más abajo) casi en vertical. Creo estar en los espolones (2100 m) que bajan de la Torrezuela.

■ TODO PUEDE SER CAMINO Y NADA LO ES

El camino, o lo que imagino como tal, es escabroso y sumamente difuminado, pero no estoy dispuesto a perderlo. Las masas de roca caliza pulida se multiplican. Todo puede ser camino y nada lo es. Prosigo, procurando no perder los lunares azules. Los busco y persigo, como un niño a Willy en sus comics. Escasean tanto como los diamantes.

Entro en una nueva depresión. Otro enorme hoyo entre las Torres de Cebollada, Torre Santa María y Torre de la Horcada. Inmensas moles de cientos de metros, amenazadoras y silenciosas. Paso por lapiaces y llambrias. Prosigo con un tobogán de subidas y bajadas. Terreno caótico, erosionado con grandes grietas. Me queda poquísima agua, el calor es insoportable y el ambiente parece de fuego. La soledad me abraza.

Estoy en el Jou Lluengo. Con un último esfuerzo lograré alcanzar la senda del Parque. Entonces todo será más fácil. Los hitos me obligan a preparar por sucesivos canchales. Voy con sumo cuidado para no perder las referencias. Todo es silencio y

calma. Debo de estar muy cerca de Fuente Prieta, pero según las guías, en verano está seca. Alguno rebecos me observan desde lejos.

Encuentro una mancha de hierba, la primera después de mucho tiempo. Es un verde intenso. Quizás encuentre agua. Aparece un hilillo en el camino. Lo sigo. Al poco doy con un charquillo por el que corre mi ilusión. Es del tamaño de una palangana. Me quito la mochila, cojo el cazo, recojo agua, la bebo y me parece de gloria. Relleno la cantimplora. Estoy contento.

Pleno de energía reemprendo la marcha. Al poco dejo a la derecha el senderillo sobre pedriza que va a la Horcada de Santa María. Sigo ascendiendo hacia el elevado paso de salida del gran hoyo, en el que me encuentro, el Jou Lluengo. Oigo voces. Están escalando en las torres de mi derecha. Alcanzo el collado de Mosquil de Cebollera (2030 m). Son las 16 h 30.

■ LOS REBECOS ME OBSERVAN TRANQUILOS. SE RESPIRA PAZ

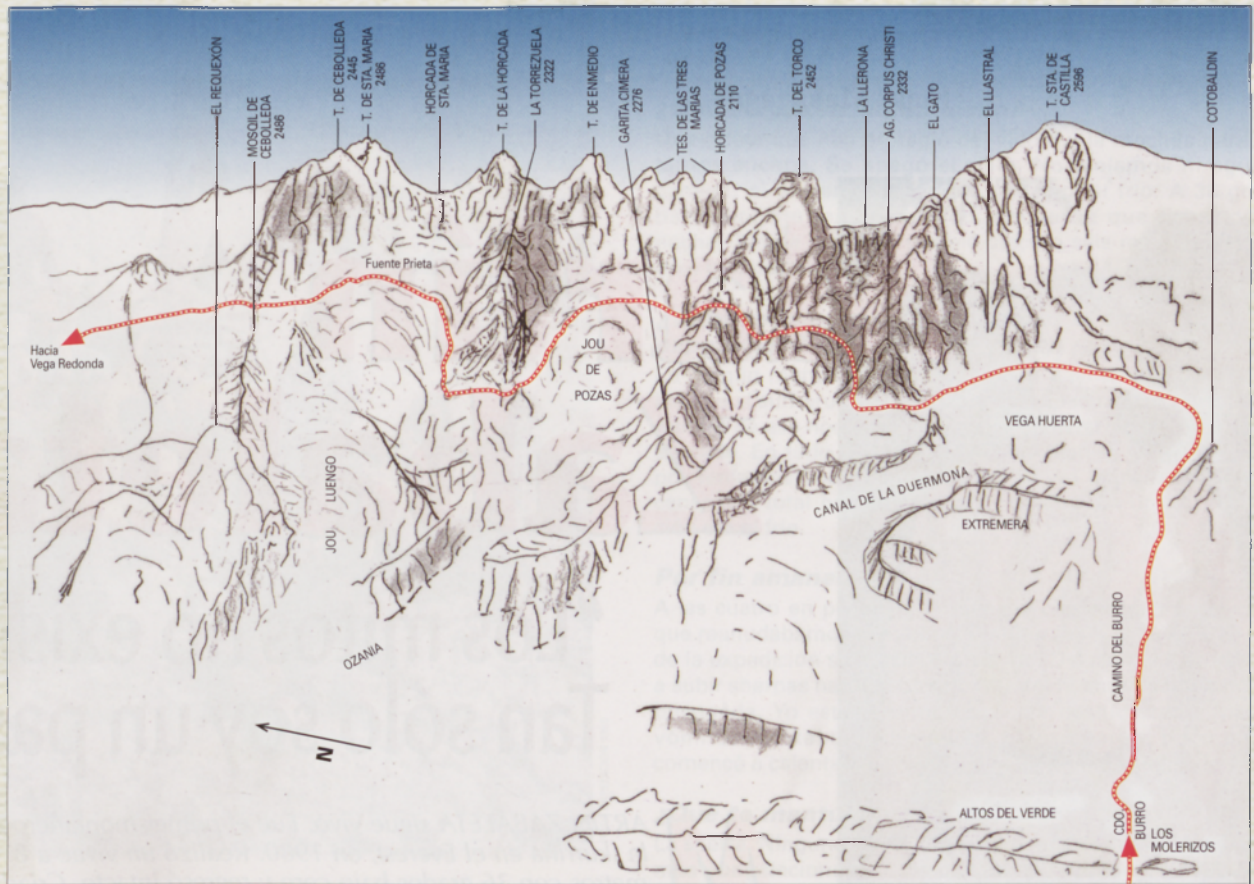
Me doy la vuelta para observar el infierno recorrido. Por suerte, al contrario del de Dante, éste sí tiene salida. Prosigo. Ahora ya definitivamente. El camino es amplio y claro. Los rebecos me observan tranquilos. Se respira paz. Penetro a buen paso en el Campo de los Pozos. Sigo y sigo bajando.

Dejo a la derecha el camino que lleva al collado La Fragua. Me cruzo con un montañero que sube lentamente llevando una enorme mochila. Me alegro de no ser él. Bajo por Llampá Cimera, zona ya conocida. Llego a la fuente del Refugio Viejo. Un ternero pega lametazos al chorro que mana. Yo también bebo.

Estoy en el refugio de Vega Redonda (1500 m). Son las 17 h 30.

Llamo a Jesús. No hay cobertura. Intento comunicarme con él. Ahora sólo pienso en la vuelta. Mantengo la llamada hasta que una voz grabada me invita a dejar un mensaje: "Soy Miguel Ángel. Son las 17 h 30. Estoy en Vega Redonda y salgo para los lagos."

Camino por la pista del parque. Sigo solo, al principio. Luego encuentro excursionistas que vuelven del refugio hacia los lagos. El camino pierde altura con rapidez. Cada vez con más



■ Lago de Enol y cumbres circundantes de Peñasanta de Enol

frecuencia adelanto a familias, niños, parejas y algún grupo. Cruzo por la Rondiella, Vega Canraso, la Prida. Alcanzo la Vega la Piedra, donde comienza la pista transitada por vehículos. ¿Habrá recibido Jesús mi mensaje?

■ **NO ESTÁ EL COCHE DE JESÚS**

Veo los primeros coches. No está el de Jesús. Prosigo. Esperaré en el parking de entrada a los lagos. Llego al Pan del Carmen y a la Vega de Enol. Hay poca gente, ya es tarde. Una señora muy puesta desciende de un Mercedes y contempla las vacas que pastan como si fuesen seres interplanetarios. Mientras camino, observo que se hace una fotografía con ellas. Alcanzo el Lago Enol (1050 m). Son las 19 h.

Subo hacia el collado les Valeres, donde se suele aparcar. Según asciendo veo llegar al coche. Jesús me explica que ha tenido que descender por la carretera para encontrar zona con

cobertura y recibir mi mensaje. La marcha ha acabado, más o menos dentro de lo previsto, pero habría agradecido una buena señalización.

● Travesía efectuada por Miguel Ángel Urizar el 4-08-2003. □

